

El maldito siglo VII: los efectos del enfriamiento y las catástrofes naturales en Siria-Palestina según las crónicas

The wicked 7th century: the effects of the cooling and the natural disasters in Syria-Palestine according to the chronicles.

CARLOS MARTÍNEZ CARRASCO

Centro de Estudios Bizantinos - Universidad de Granada
cmtnez@ugr.es

Texto recibido em / Text submitted on 09/11/2017

Texto aprobado em / Text approved on 18/12/2017

Resumen: Las condiciones climáticas influyeron en los grandes sucesos que agitaron un siglo VII marcado por una profunda crisis. Centrados en la región de Siria-Palestina, los efectos del enfriamiento global están relacionados con la expansión del islam. Asimismo, terremotos y otros fenómenos celestes, acrecentaron la sensación de estar ante el Apocalipsis.

Palabras clave: Edad Media; Enfriamiento global; Terremoto; Oriente Medio; Crónicas.

Abstract: The weather conditions influenced on the great facts that shook a 7th century marked by a deep crisis. Focused on the region of Syria-Palestine the effects of the global cooling are connected with the Islamic expansion. Also, earthquakes and other heavenly phenomena, grew the feeling of be in front of the Apocalypse.

Keywords: Middle Age; Global Cooling; Earthquake; Middle East; Chronicles.

1. Introducción

Las transformaciones que afectaron al Mediterráneo oriental, y en especial a la Romania¹, culminaron en el siglo VII con una crisis que afectó a todas las estructuras sociales, económicas, políticas y religiosas. Fue un período de inusual inestabilidad, con los golpes de Estado de Focas (602-610) y Heraclio (610-641); la crisis dinástica de febrero de 641 (Motos 2015); y una “pequeña anarquía militar” entre 695-705. Afloraron problemas latentes no resueltos como las querellas cristológicas, que dividieron la cristiandad

¹ En este trabajo me referiré al Imperio romano de Oriente o a la Romania en lugar del más usual Bizancio o Imperio bizantino. Por esta razón, cuando se hable de romanos, estaré haciendo referencia a los ciudadanos de este Estado, independientemente de su etnia, que se especificará cuando sea necesario.

oriental en grupos antagónicos e irreconciliables; un enfrentamiento enquistado que estalló al romperse el equilibrio imperante desde la segunda mitad del siglo VI. Sirvieron como catalizadores dos invasiones y guerras consecutivas. La primera, la de los persas, en el marco de un enfrentamiento secular que entre 603-628 estuvo a punto de acabar con la existencia de la Romanía. La segunda, la de los árabes musulmanes que conquistaron definitivamente las provincias del Próximo Oriente y Egipto. La crisis se desarrolló en un contexto ambiental específico y acompañada por una serie de desastres naturales, que completan la imagen de la época; crisis que para muchos tiene un cierto componente malthusiano sobre la base de un supuesto estancamiento técnico (Stathakopoulos 2004: 166) que habría que matizar.

En este estudio me propongo calibrar el impacto que tuvieron estos condicionantes en la sociedad a través de las crónicas, tanto contemporáneas a los hechos, como las compuestas posteriormente, pero tomando como base otros relatos perdidos, por lo que cubren un período comprendido entre los siglos VII-XII. El nexo de unión entre todas ellas es que pertenecen al ámbito cristiano oriental, con toda la heterogeneidad que ello comporta, tanto por la variedad de grupos religiosos —jacobitas, maronitas y ortodoxos— como por la multiplicidad de lenguas en las que están escritas —griego, siríaco, armenio y árabe—. Unos relatos que complementaré con los análisis arqueométricos de los estudios más recientes² que permitirán contextualizar las afirmaciones de los cronistas. Fijaré la atención sobre la región que comprende los actuales Siria, Líbano, Jordania y Palestina, ya que fue la zona en donde se dejaron sentir con mayor intensidad las transformaciones del siglo séptimo.

El objetivo principal será mostrar cómo terremotos, eclipses, cometas o heladas quedaron insertos en el relato de las crónicas, como una parte más del devenir histórico. Hay que tener en cuenta que aquéllos que se citan son los que dejaron una huella más profunda y los que conmocionaron a los cronistas y a sus coetáneos. Al centrarme en obras historiográficas, soy consciente de que quedan fuera del foco otro tipo de fuentes, como las apocalípticas o hagiográficas, de gran riqueza pero que obedecen a las características propias de su género y tipología. Asimismo, trataré de mostrar cómo las condiciones ambientales fueron un factor determinante en las decisiones políticas, militares o económicas, intentando no caer en ningún tipo de determinismo ambiental.

² Para un estado de la cuestión y de la problemática de estos estudios, Manning (2013: 103-107).

2. Por la remisión de los pecados: el marco ideológico

En sociedades ritualizadas como la romana-oriental, las representaciones religiosas de la realidad tenían un papel central. Es lo que Tzvetan Todorov llamó el nivel de comunicación hombre-mundo³. Éste se entabla cuando el otro es un desconocido, al que no se sabe muy bien cómo calificar, por lo que no se dirigen directamente a ellos, sino a la divinidad, con el fin de encontrar alguna respuesta a los desafíos planteados por fuerzas extrañas (Todorov 2010: 82), como lo fueron persas y árabes. Es dentro de ese sistema hombre-mundo en el que se “traducen” los cambios y las derrotas, cuando hay que explicarlos y acoplarlos al conjunto de creencias propias, labor de la que se encargaron unos cronistas pertenecientes al clero.

De este modo, lo que en un principio pudo parecer un suceso singular, como la conquista de una parte del Imperio o una serie de crisis políticas, ahora queda inscrito como parte del plan providencial. Por su carácter de designio divino, la aparición de los árabes tenía que venir acompañada por una serie de presagios y profecías, el lenguaje con el que habitualmente Dios se había comunicado con el pueblo elegido. De este modo, todos los hechos acaecidos, en tanto que anunciados y planeados por Dios, eran algo inevitable. Esta idea dejaba a salvo todo el sistema no sólo de creencias, sino de la articulación política y social nacida del cristianismo que regulaba en buena medida la identidad no sólo de la Romanía, sino también de aquellos cristianos que vivían bajo el islam. Es un determinismo que encaja dentro del “monoteísmo historiográfico”, según el cual, todos los hechos están justificados y cobran sentido en tanto que representan la culminación de la Historia a través del cristianismo, como elemento purificador, cuyo último acto sería el Juicio Final (Fowden 2014: 78-79).

Todo queda inserto en una cadena de pecado-castigo-purificación-salvación del pueblo; un sistema de pensamiento que se había forjado entre los siglos IV-V, pero que cristalizó sobre todo en el VII, sobre la base de un fuerte sentimiento milenarista. Una serie a la que se une la formada por desastres naturales-hambrunas-epidemias. Por esta razón, todos los fenómenos naturales eran entendidos como una muestra de la cercanía de la Parusía y una manifestación de la cólera de Dios ante las desviaciones de los romanos. La quiebra de la *táxis*, el orden social establecido y querido por Dios, que se agravó por el matrimonio ilegítimo de Heraclio con su sobrina Martina y la promulgación de la *Ékthesis* (638) y el *Typos* (648), creando una

³ El otro nivel de comunicación es el hombre-hombre, que se entabla entre iguales, cuando se conocen los códigos que rigen en cada grupo.

nueva doctrina religiosa, el monotelismo, que sería condenado en el VI Concilio Ecuménico de Constantinopla (680-681), fueron los principales hitos.

En las fuentes no se explicita la relación entre pecado y desastres naturales, pero se deduce del contexto, de la sucesión de los acontecimientos y del modo en que el cronista los ordena. No obstante, en dos de las obras más tempranas y representativas de este período, escritas ambas a lo largo de la segunda mitad del siglo VII, por el desconcierto en el que vivían, tenían mayor necesidad de buscar una explicación sobre la base de ese nivel de comunicación hombre-mundo al que he hecho referencia.

La primera de ellas es la *Historia* del obispo armenio Sebeos (+ 655-661), una obra que pudo haber tenido un uso litúrgico, en la que se presenta una narración de corte eclesiástico mezclada con hechos históricos, convenientemente seleccionados y presentados con un fin moralizante. Así, señala “los malos sucesos de nuestro tiempo, como consecuencia del desgarrón del velo de la antigua fe”. Sentenciando: “Y lo hemos merecido, porque hemos pecado contra el Señor y hemos enfadado al santo de Israel” (Sebeos: 129). Compara la conquista islámica con los efectos del simún, viento abrasador que sopla en las zonas desérticas de África y Arabia, que en este caso reviste tintes destructivos, con esa imagen de árboles y jardines quemados por él. Es en definitiva una metáfora de los tiempos en que escribe Sebeos, amenazados por un pueblo, el árabe, salido del desierto, como el simún.

Esta imagen conecta con otra posterior en el tiempo que encontramos en la *Historia Breve* del patriarca Nicéforo I de Constantinopla (806-815). Según su relato, en torno al año 750, cuando nació el futuro León IV (775-780), hubo un terremoto en Siria y en muchos lugares se abrieron enormes simas que se tragaron los asentamientos. Y cuenta que de una esas fosas, en Mesopotamia de Siria, emergió un asno con el don de la profecía que vaticinaba “la catástrofe de los árabes” (Nikeph.: § 69), i.e. la “revolución ‘abbasi” que comenzó ese mismo año. Era el aliento del onagro el que, según la tradición semítica, provocaba el simún. Un animal que estaba asociado a las divinidades del Inframundo, de ahí que salga de una sima y se asocie este viento con los espíritus malignos (Martínez 2017: 229-230).

La segunda fuente es el *Ktābā d-rīš mellē* (= *Libro de los puntos principales*) que escribió Juan Bar Penkāyē entre 686-693, del que sólo se han conservado el final del libro XIV y el XV. Es una historia eclesiástica, con una fuerte carga providencialista que precisamente gira en torno a la idea del castigo de Dios para explicar la aparición y expansión del islam. Según su visión, los “diversos portentos” que se observaron, eran señales enviadas por la divinidad para avisar a los hombres de lo errado de su postura. Era el lenguaje de Dios; el

mismo modo de comunicación que aparece en las páginas del Antiguo y el Nuevo Testamento. Para el cronista, nada de lo que sucedía en su tiempo representaba una novedad, ya que en los textos sagrados había evidencias que anunciaban esos desastres. Juan Bar Penkāyē hace uso de algunos fragmentos bíblicos para reforzar su visión: la voz de Dios que hace estremecer la tierra (Sal. 46, 7) y cumplió, como recoge Mateo en su Evangelio, con el envío de epidemias, terremotos y hambrunas (Mt. 24, 7) (Iohan. Penk.: XV.159, 67). El recurso a este Evangelio refuerza el tono milenarista con el que Bar Penkāyē analiza la realidad: Mateo es el único que describe en el capítulo 24 cómo sería la Parusía (Martínez, 2017: 260). Convencido de la proximidad del fin de los tiempos, afirma: “Aquí están las hambrunas, terremotos y plagas; sólo una cosa nos falta: el advenimiento del Impostor” (Iohan. Penk.: XV.165, 72), i.e. del Anticristo.

Es una generación de pecadores y herejes la que, según señala el cronista, está siendo castigada. Una generación que, acuciada por su naturaleza malvada, ignoró las señales enviadas. Ninguno de ellos se preguntó acerca de la razón de tantos males (Iohan. Penk.: XV.154, 63). Habla del “cisma que tuvo lugar hasta nuestros días” (Iohan. Penk.: XV.145, 60) en alusión a la querrela monotelita. Suponía la ruptura de la unidad de la Iglesia, que debía asegurar la paz y la cohesión de cara a la salvación de los cristianos. Por tanto, aquella actitud ponía en peligro la redención de la Humanidad y la validez de la institución eclesíástica y la del Imperio en tanto que garante último del bienestar de sus súbditos.

3. Frío, hambre, guerra y peste

Para la historia climática, parte del período al que hago referencia es recientemente conocido como *LALIA* (=Late Antique Little Ice Age), que ocupa los años 536-660, y que bien pudo ser la causa de las grandes transformaciones sociopolíticas vividas durante esos años (Büntgen et al. 2016a: 231) aunque sea conveniente no caer en un excesivo determinismo ambiental. El enfriamiento global se habría producido como consecuencia de las erupciones volcánicas de los años 536, 542 y 547 unidas al mínimo solar que se alcanzó durante el siglo VII (Büntgen et al. 2016a: 232-233).

Al comienzo de la centuria tenemos las primeras noticias de fuertes heladas y nevadas en la región de Oriente Próximo, fechadas en 606-607, con desastrosos resultados como fueron la pérdida de árboles y cosechas (Mich. Syr.: ii, 10.25, 378), que se repetiría en años sucesivos, en torno a 608-609 y 610-611, cuando según los cronistas incluso se congelaron el río Éufrates

y la orilla del mar (Theoph.: 6101, 297; Mich. Syr.: ii, 10.25, 379). Algo insólito, sobre todo esto último, pero que sucedió recientemente, en torno a mediados del siglo VI, según apunta Jordanes en sus *Getica*, cuando tenemos constancia de que tanto el Bósforo como el lago Maeotis (=Mar de Azov) se solidificaron; una helada que sin embargo no afectó al río Tanais (=Don) (Iord.: 65). No obstante, estas primeras décadas del siglo están entre las más frías (Büntgen et al. 2016a: 234).

Lo llamativo de esta situación es que el enfriamiento coincide con una época de sequía durante el primer año del reinado de Heraclio, i.e. entre 611-612, que llevó a que se malograrán las cosechas y se produjera la consiguiente hambruna. La imagen más descarnada de lo que aconteció en ese año la ofrece Agapios de Menbidj (+ 941): “entre los romanos hubo una gran hambruna, de manera que los hombres se comieron los cadáveres y las pieles de los animales” (Agap.: 190). Y tomando esta última como fuente, el patriarca jacobita de Antioquía Miguel el Sirio (+ 1199) muestra que “no se encontraba ni trigo ni ningún otro cereal” (Mich. Syr.: ii, 11.1, 401).

El impacto del enfriamiento y las hambrunas vino a sumarse a la coyuntura política: el inicio de la invasión persa del Oriente Medio romano y la guerra civil tras los golpes de Estado de Focas y Heraclio. La ciudad de Dara, en la Mesopotamia de Siria, fue tomada y saqueada por Cosroes II (590-628) en mayo-junio de 604. Y en 611, Antioquía, la tercera ciudad de la Romanía, fue conquistada por los persas (Soto 2012: 116 y 162). Son dos ejemplos que pueden servir para entender la precaria situación en la que se encontraba la población romana durante las dos primeras décadas del siglo. Las tropas sasánidas avanzaron a través de un territorio empobrecido como consecuencia las malas cosechas. Quizás su rápida progresión y la facilidad con la que tomaron las ciudades sirio-palestinas se debieran en parte a la desnutrición y empeoramiento de las condiciones climáticas que, junto con otros condicionantes como la crisis política tras el golpe de Estado de Focas o el enfrentamiento religioso, los habrían dejado sin recursos ni capacidad para frenar a los invasores. Como pone de manifiesto Stathakopoulos, el mero acuartelamiento de las tropas en las ciudades suponía un desvío de recursos para alimentarlos, lo que en periodos de escasez o carestía suponía un perjuicio para las poblaciones locales (Stathakopoulos 2004: 48) provocando una reacción contra su presencia (Martínez 2017: 275-276).

Esto puede estar en relación con la supresión del reparto gratuito de pan a la población de Constantinopla entre 617-618 (*Chron. Pasch.*: 164). Se alude a los silos vacíos de la ciudad porque se cortó el suministro de trigo desde Egipto (Nikeph.: § 8), cuya conquista por el general persa Shahrvarāz (+ 629)

comenzó en 617. A ello habría que añadir la imposibilidad de abastecerse de grano suficiente para alimentar a la población⁴ en los mermados campos de los alrededores.

Las crónicas de las que disponemos dejan de dar noticias acerca de las condiciones climáticas a partir de este momento. En la lógica que rige el nivel de comunicación hombre-mundo este silencio adquiere todo su sentido. Tiene un carácter teleológico toda vez que los acontecimientos que se narren están encaminados a mostrar la victoria final de Heraclio sobre Cosroes II y el triunfo de Cristo sobre Ahura-Mazda. Ya no hay que contar más derrotas acompañadas de señales funestas para hacer ver que se trata de un castigo divino, sino todo lo contrario.

Aunque los testimonios de heladas reaparecen en la segunda mitad del siglo VII, nada hace pensar que el avance de los árabes no se hiciera en unas condiciones similares al de los persas. Es más que probable que la *LALIA* condicionara el modo en que se hizo frente a la expansión islámica en un país debilitado por el esfuerzo de guerra, pero sobre todo por unas condiciones climáticas adversas, causantes de una posible serie de malas cosechas que condicionaron la respuesta no sólo de Heraclio sino también de las elites locales. Unos árabes que, por el contrario, se vieron favorecidos por el enfriamiento. En un clima desértico como el de la península arábiga, éste suavizó el ambiente, incrementando las precipitaciones y con ellas la disponibilidad de pastos que permitieron una mejor alimentación para el ganado, en especial los camellos (Büntgen et al. 2016b: 24).

La helada más próxima al tiempo de la conquista de la que tenemos constancia en las fuentes se produjo a mediados del mes de abril de 658-659, por los daños que ocasionó en las viñas (*Chron. Maron.*: 32; Elías: 88). Se aprecia el enfriamiento climático con un episodio de esta magnitud en plena primavera, afectando a los cultivos durante la floración, con lo que supuso para la cosecha de ese año. Esta hambruna y las consiguientes agitaciones sociales, conectan con la situación política de la Romania, que en 661 desembocó en la marcha a occidente del emperador Constante II, huyendo de una Constantinopla en la que cada vez era más impopular por las decisiones políticas y la situación económica, unido al deseo de emular a su abuelo Heraclio, poniéndose al frente de sus ejércitos para atacar a los longobardos que amenazaban el Exarcado de Italia o a los árabes que invadían el Exarcado de África (Kaegi 2010: 171-

⁴ La población de Constantinopla entre los siglos VII-VIII habría pasado de los 500.000 habitantes que se estiman para el siglo VI, a unos 40.000-50.000 (Dagron 2002: 398). No obstante, la noticia de la epidemia de 618 (Nikeph.: § 8) en la ciudad indica un poblamiento concentrado, quizás una imagen ilusoria dada la afluencia de refugiados que habrían llegado huyendo de la guerra y el hambre en el campo.

174). Pero las heladas continuaron en los años siguientes. En torno al 664-665, se recoge la noticia de fuertes nevadas y heladas que echaron a perder las plantaciones de olivos (*Chron.* 819: 77). Una situación similar a la que se vivió alrededor de 669, cuando también hubo “un invierno riguroso: mucho frío, hielo y nieve; los olivares y las viñas se secaron en toda Siria y Mesopotamia” (*Mich. Syr.*: ii, 11.13, 457) y “muchos hombres, así como bestias, sufrieron enormemente” (*Theoph.*: 6162, 353) cuando no perecieron (*Agap.*: 231).

Tanto olivos como viñedos forman parte del paisaje rural de Oriente Medio, por la enorme extensión de su cultivo. En el caso de las viñas, estaba presente independientemente del nivel de riqueza de los campesinos. No obstante, es un cultivo que requiere de unos cuidados específicos y de una inversión, sobre todo en aquellas zonas en las que es necesario contar con un sistema de regadío. Representa un esfuerzo que sólo se entiende si tenemos en cuenta que el vino es un elemento clave en la alimentación de los campesinos, además del aspecto simbólico que tiene en la cultura cristiana, también para aquéllos que habían quedado bajo el califato islámico. Las viñas eran un recurso en épocas de escasez, cuando los pobres vendían las pasas para ganar algún dinero. El olivo se cultivaba bajo unas condiciones similares a las del viñedo, dedicado a la producción de aceite, en parte para el consumo humano, en parte destinado a otras funciones, como la iluminación o el culto. Es llamativo el hecho de que, en determinadas zonas del norte de Siria o Transjordania, su presencia fuera abrumadora, hasta el punto de haber sido considerado como un monocultivo (*Kaplan* 1992: 33-35).

Es de suponer que, durante estas heladas, un buen número de campesinos quedaron en la miseria, una situación de carestía compartida con ciertos sectores de la población urbana, porque no toda la producción sería consumida en el lugar. Una parte se exportaría a los mercados de las ciudades a través de unas redes comerciales locales y/o regionales, por lo que la contracción económica causada por la pérdida de las cosechas no habría afectado sólo al ámbito rural, sino que habría ido más allá. A eso habría que añadir la presión fiscal, que no debió variar entre el período romano y el califal, como muestran los papiros de Nessana, donde se observa una línea de continuidad entre ambos sistemas (*Papaconstantinou* 2010: 64), descartando el tópico extendido de su carácter abusivo, como se ha puesto de manifiesto en algunos estudios (*Cosentino* 2004: 340-341).

Estos episodios de frío extremo vienen acompañados por un rebrote de las epidemias de peste. Es lo que sucede con el brote fechado en torno a 639-640 que afectó a las poblaciones de Siria y Mesopotamia (*Mich. Syr.*: ii, 11.8, 431), coincidiendo con un descenso de las temperaturas de aproximadamente 1 °C

según los estudios realizados (Büntgen et al. 2016a: 234). También durante la gran helada de 668-669 se produjo una epidemia en Mesopotamia, coincidiendo con la ruptura de la tregua entre romanos y árabes (Mich. Syr.: ii, 11.12, 450). En ese mismo año habrían coincidido tres desastres que parecen guardar una estrecha relación: guerra, hambre y peste. Y no sería el único ejemplo en el que se muestran unidos. También sucedió tras el final de la guerra civil que asentó a 'Abd al-Malik al califato en 685, cuando se produjeron al mismo tiempo una hambruna y una epidemia que asoló Siria (Theoph.: 6176, 361) coincidiendo con otro episodio de descenso térmico (Büntgen et al. 2016a: 234) que bien podría haber dado lugar a heladas que arruinaron las cosechas, aunque no hayan quedado reflejadas en las crónicas. Unas ciudades sobrepobladas por causa de la emigración provocada por una hambruna como consecuencia de las heladas a los que se unen los refugiados que huyen de los saqueos árabes, eran pasto fácil para una epidemia que se cebaba sobre organismos desnutridos o subalimentados, entre los cuales la ratio de mortalidad ascendía al 60% (Stathakopoulos 2004: 160). Unos movimientos de población que se produjeron en otros puntos del Mediterráneo, como la isla de Cerdeña, estudiada por Cosentino, donde se observa una afluencia de refugiados procedentes del área norteafricana conquistada por los árabes, con el consiguiente cambio social y económico (Cosentino 2004: 341-343).

En relación con esto debemos situar uno de los acontecimientos más destacados de los que reflejan las fuentes para los años centrales del siglo VII: la inundación de la ciudad de Edesa (actual Urfa, Turquía). Las fuentes no se ponen de acuerdo en qué fecha se produjo, datándola en un arco de tiempo que oscila entre 665-668. No obstante, todos los que hacen referencia a ella en sus obras coinciden en la destrucción que ocasionó, señalando explícitamente los daños a las murallas y el elevado número de muertos que dejó, tanto personas como animales, por haberse producido durante la noche (Theoph.: 6159, 353; Dionisio: 193; Agap.: 229; Mich. Syr.: ii, 11.11, 451). Sólo Teófanos el Confesor (+ 817) y Miguel el Sirio ofrecen algunos datos acerca de cómo se produjo. El primero dice que tuvo lugar durante el invierno, mientras que el segundo alude como responsables a las crecidas de los ríos Tigris y Éufrates, este último a unos 50 km. de la ciudad, que arruinaron muchos enclaves. Una situación que afectó a tantos enclaves al mismo tiempo, según el relato del patriarca antioqueno, no podría ser causada por un incremento de la pluviosidad. Si volvemos a las variaciones de temperaturas de las que disponemos, se observa una subida brusca hacia finales de la década de los sesenta, después de un período de continuas heladas, como he expuesto anteriormente. Así pues, la crecida de los ríos, pudo ocasionarse por ese incremento térmico y el consiguiente deshielo

que aumentó el caudal de los ríos.

A finales del siglo se vuelve a vivir una situación de inviernos extremadamente duros, con la congelación del Éufrates durante seis días en 687-688. También se heló la tierra, dificultando las labores en el campo. Volvemos a tener constancia de olivos que se secaron por el frío extremo y de las penurias y muertes que ocasionó entre hombres y animales domésticos (Mich. Syr.: ii, 11.15, 471; Elías: 93). Se reitera la idea de una población rural profundamente afectada por la crisis, en retroceso demográfico y económico, de ahí que muchos de los que vivían en Siria huyeran a la Romanía en busca de mejores condiciones de vida (Theoph.: 6179, 364). Como he señalado en diversas ocasiones, la hambruna vino seguida de una epidemia. Contemporáneos como Juan Bar Penkâyē, pintan una situación catastrófica. Una vez más la enfermedad es una señal de Dios que los emplazaba al arrepentimiento y no fue atendida. Y se lamenta por ello: “en ese año 67 (687) la maldita epidemia empezó, no hubo nada parecido y espero no haya nada similar de nuevo” (Iohan. Penk.: XV.160, 68). Causó un profundo impacto en la mentalidad de los supervivientes, por la enorme mortandad y las imágenes de calles llenas de cadáveres sin enterrar. Supuso el punto culminante de una centuria crítica.

4. Cuando la tierra ruge y el cielo se oscurece

Según la visión cristiana del mundo, todo cuanto acontecía en la tierra era un reflejo del cielo. Quizás por esto, los cronistas recogían terremotos y fenómenos celestes a la par; por lo que los signos celestes —eclipses o cometas— anunciaban los temblores de tierra. Unos hechos extraordinarios que se hacían coincidir con momentos de gran turbación. No sólo guerras, sino también con las agitaciones que sacudían una Iglesia enfrascada en las sempiternas querellas cristológicas.

El siglo comenzó con un eclipse de sol⁵: “la oscuridad se abatió sobre toda la tierra y las estrellas pudieron verse a mediodía” (*Chron.* 819: 76) que habría tenido lugar el 10 de marzo (Mich. Syr.: ii, 10.23, 373). Unos días más tarde, de acuerdo con el relato de Miguel el Sirio, el 2 de abril se produjo un terremoto, “la tierra hirvió y se hundió” (Mich. Syr.: ii, 10.23, 373). Corría el año 600-601, el mismo año en el que el cronista de la 819 data el golpe de Estado de Focas contra el emperador Mauricio. Un fenómeno formidable para otro no menos

⁵ También los habrá de luna, pero éstos son menos espectaculares, por lo que casi no aparecen reseñados en las fuentes. Tan sólo he hallado un caso mencionado en la *Crónica* de Elías Bar Shinaya († 1050) para el 16 de junio de 604 (78), al que se añadiría el del 28 de junio de 622 durante la campaña de Heraclio (Soto 2012: 209-210).

formidable como fue el asesinato de toda la familia imperial. Una deposición violenta como no se había visto otra igual en la historia de la Romania, inicio de una guerra civil cuyo primer episodio fue el levantamiento de Narsés, con la toma de Edesa y la lapidación del obispo calcedoniano Severo en 603 (Iacob. Edess.: 38; *Chron.* 819: 76; Mich. Syr.: ii, 10.23, 373-374). Una muerte tras la que no sólo estaba el deseo de acabar con un partidario del usurpador, sino también una represalia por los asesinatos de monjes jacobitas como resultado de la política religiosa de Focas, de reforzar la ortodoxia calcedoniana con el beneplácito de la Roma de Gregorio Magno (590-604) (Martínez 2017: 157). En la lógica de un patriarca jacobita como Miguel el Sirio, se entiende la correlación entre el eclipse y el asesinato de sus correligionarios: unas autoridades herejes que ordenan la ejecución de unos monjes fieles a la verdadera fe y ello despierta la ira de Dios que avisa a los hombres a través de un eclipse solar.

El final del reinado de Focas y el inicio del de Heraclio vino acompañado de presagios que anunciaban una nueva ruptura de la *táxis* y un cambio de gobierno tan violento como el anterior. Hubo un eclipse de sol y un terremoto para saludar al nuevo emperador en Constantinopla (*Chron. Pasch.*: s. a. 611, 153; Mich. Syr.: ii, 11.1, 401). El temblor de tierra tuvo que afectar sobre todo a la capital de la Romania, según se desprende del relato que del acontecimiento se hace en el *Chronicon Paschale*. La imagen de la población de la ciudad congregada un 22 de abril de 611, pocos días antes de Pentecostés, en el Campo de Marte, en el Hebdomon⁶, para una oración colectiva, da una idea de la magnitud del seísmo y los efectos que debió causar en la ciudad y sus habitantes. También de cuál fue la interpretación que el patriarcado dio al terremoto. Ciriaco (595-606) coronó a Focas emperador durante una ceremonia religiosa, dándole el carácter de un emperador sagrado, por lo que el posterior apoyo de Sergio (610-638) a Heraclio para deponerlo, era entendido como un sacrilegio, por más que se creara una nueva legalidad a través de la propaganda áulica del nuevo emperador (Soto 2012: 108 y 144; Martínez 2017: 173-175).

Pero el sangriento golpe de Estado que debía acabar con el reinado del terror de un gobernante al que los cronistas posteriores calificaron de usurpador, fue anunciado por medio de un prodigio celeste, recogido por Agapios: la aparición entre octubre de 609 y abril de 610 de una estrella de la que salían rayos de sangre (Agap.: 188). La descripción es, por sí sola, reveladora de lo que iba a suceder y la gravedad que revestirían los acontecimientos, presagiando el derramamiento

⁶ Suburbio de Constantinopla en el que tenía su sede un tribunal. La zona conocida como Campo servía como campamento militar además de ser el lugar donde se realizaban las proclamaciones de los nuevos emperadores. El arrabal fue devastado durante los dos sitios árabes a la capital de la Romania en 673 y 717 (Aguado 2007).

de sangre en un nuevo conflicto civil. Debo reiterar el carácter teleológico de muchos de estos relatos y el interés de los cronistas por presentarlo todo sobre la base de una interpretación providencialista de la Historia. El día 5 de octubre de 610 se produjo la entrada de Heraclio en Constantinopla y su coronación-matrimonio de la mano del patriarca, después de una serie de combates entre los partidarios de Focas y los rebeldes; una jornada en la que se vivió la ejecución ritual del depuesto emperador (Soto 2012: 143-144). En el cielo los romanos tendrían un anuncio de la violencia y el crimen de lesa majestad que se iba a ejecutar.

Pero a diferencia de lo que veíamos anteriormente, durante la guerra romano-persa, los cronistas continuaron aludiendo a fenómenos celestes, por su carácter de señales de la Providencia, anunciadores de la victoria final sobre los zoroastras. Uno de los primeros lo hallamos en la *Crónica de Zuqnín* donde se hace referencia a una lluvia de estrellas fechada alrededor de 625-626. Dice el cronista que cayeron como flechas lanzadas hacia el norte y que fueron tomadas como el presagio de la derrota de los romanos a manos de los árabes (*Chron. Zuq.*: 142). Esta interpretación parte más de la realidad de quien la escribió en el siglo VIII que de los acontecimientos que se estaban viviendo en la Romania del VII. En ese año 625-626, la principal amenaza para los romanos la representaba la coalición de persas, ávaros y eslavos que asediaron Constantinopla (Soto 2006)⁷. O en Jacobo de Edesa (+ 708) quien en sus *Cartas* alude a un eclipse solar después de mencionar el viaje comercial que Muḥammad hizo por Palestina, la provincia romana de Arabia y Fenicia y antes de que los persas llegaran hasta el Ponto, en referencia a la presencia del general Shahīn en las inmediaciones de Calcedonia, c. 613 (Martínez 2014: 63-64), cuando aún no se había producido la Hégira (Iacob. Edess.: 39). Tanto la lluvia de estrellas como el eclipse cumplen con su función de acuerdo con la lógica de estas obras: la de servir como introductores de los nuevos actores, los árabes de Muḥammad, en la secuencia de los acontecimientos relevantes, no como una religión diferenciada de judaísmo y cristianismo, sino como un nuevo reino.

Los grandes hechos políticos serían anunciados por medio de fenómenos naturales, como sucedió con la firma del acuerdo de paz de Arabissus-Tripotamus en julio 628 entre Heraclio y Shahrvarāz, poniendo fin a 25 años de guerra. El año antes, entre junio y octubre de 627, según el relato de varios cronistas, hubo un eclipse solar que ocultó a la mitad de la esfera del astro rey,

⁷ En el año 626 se registra uno de esos episodios de bajada de las temperaturas, relacionada con un incremento de las cenizas que denotan una importante actividad volcánica (Büntgen et al. 2016a: 234), que podría servir como un hecho más a tener en cuenta al analizar el acuerdo al que el khagan ávaro habría llegado con los persas. Detrás de todo estaría la necesidad de estos pueblos asentados en la zona sud-oriental de Europa, moviéndose en busca de mejores condiciones de vida.

provocando el miedo de hombres y mujeres que creyeron no volverían a ver toda su luz (Dionisio: 135; Agap.: 192; Mich. Syr.: ii, 11.3, 411). Este eclipse parcial adquiere todo su significado en tanto que, en esos años, Persia entra en crisis como consecuencia de la guerra que Heraclio ha llevado a su territorio, provocando el derrocamiento de Cosroes II. Se habría eclipsado el poder en la mitad del orbe por la política de un Heraclio que fue visto como un nuevo Alejandro Magno en un período de revitalización de su leyenda entre las comunidades cristianas animadas por el espíritu de “guerra santa” (Reinink 1999: 153-154).

Según la *Crónica de 640*⁸, en junio de 628, un mes antes del acuerdo, se produjo durante una noche un terremoto (*Chron. 640*: 13), con el cual el cronista quería resaltar la importancia de una paz entre las dos grandes potencias del momento. Era una vuelta al equilibrio primitivo del mundo entre sus dos ojos, según eran vistos ambos imperios por sus contemporáneos (Canepa 2009), que se conmemoró con la construcción de una iglesia a la que llamaron Eirēnē (=Paz) (*Chron. 640*: 13), certificando el triunfo del cristianismo no sólo en la guerra sino también en la propia Persia, donde iba camino de convertirse en la religión mayoritaria, desplazando al zoroastrismo oficial (Rahimi 2014: 118-121). El culmen de las expectativas escatológicas llegó cuando en 630 se entregó la Vera Cruz robada por los persas de Jerusalén en 614. Era el momento del “emperador de los últimos días” que restauraba la cristiandad como paso previo a la venida de Cristo, por lo que, en tales circunstancias, Agapios describe la escena dándole una connotación evangélica, ya que, según su relato, el sol se oscureció y hubo un terremoto (Agap.: 208), en una imagen muy similar a la que según la tradición se vivió en el Gólgota durante la crucifixión de Cristo. Según la apocalíptica cristiana, el emperador tenía que devolver la Vera Cruz antes de ascender a los cielos desde el monte Calvario para dar comienzo al Reino de Dios en la Tierra (Kraft 2012; Martínez 2017: 232-233).

He señalado cómo antes de que se presentaran en la Romanía, hubo signos que auguraban la aparición de los árabes. Pero no será hasta 629, con la derrota en Mu'ta a manos de los romanos, cuando se convirtieron en una amenaza real y comenzaron a sucederse los fenómenos celestes, anunciando la conquista. Así sucedió en 632, año en que un terremoto sacudió Palestina y “apareció en los cielos un signo llamado *dokites*”⁹, con forma de espada, que se movía de sur a norte y, según los cronistas, duró todo el mes de junio (Theoph.: 6124,

⁸ No existe una crónica con este nombre como tal, sino que Andrew Palmer distinguió en el *Chronicon Miscellaneum ad AD 724 pertinens* una parte diferenciada del resto, compuesta en torno a 640, de ahí que en su antología de crónicas siríacas le dé el título de *Crónica del 640*.

⁹ Del griego δοκός < rayo.

336, Mich. Syr.: ii, 11.4, 414). Señala el camino que siguieron los árabes en su conquista de la región, siendo el año 632 el del inicio de las incursiones militares sobre Palestina al mismo tiempo que, según la tradición islámica, moría Muḥammad y se iniciaba la *ridda* durante el gobierno de Abū Bakr (632-634). Era un presagio de la nueva guerra que tendrían que soportar la región durante años, a lo largo de los cuales las ciudades irían cayendo una a una.

Hay algunos ejemplos más de terremotos y fenómenos celestes que hicieron creer a los cristianos orientales que estaban ante el fin de los tiempos, como sucedió cuando en marzo de 672, apareció un arcoíris en el cielo durante la noche (Theoph.: 6164, 353; Dionisio: 194; Agap.: 231; Mich. Syr.: ii, 11.13, 456). Otro tanto ocurrió a mediados de siglo como consecuencia de la caída del cielo de un polvo que causó gran miedo (Theoph.: 6144, 345). No obstante, los que parece dejaron mayor huella en el imaginario colectivo de los cristianos orientales fueron los que sucedieron durante los primeros años del gobierno de Muʿāwīya.

El primer califa omeya aparece muy ligado a las comunidades cristianas sirio-palestinas, como mediador en las disputas entre ortodoxos, jacobitas y maronitas que, según las fuentes, se desarrollaban en su presencia. Como ya he señalado, los debates cristológicos, en los que se evidencia la desunión de la Iglesia, son anunciados y acompañados por terremotos, como los que tuvieron lugar en junio de 659 durante uno de estos encuentros en Damasco, devastando varios lugares de Palestina (*Chron. Maron.*: 30-31). Pero fue en el año de su proclamación como califa en Jerusalén cuando tuvieron lugar unos hechos cuyo simbolismo no debió pasar desapercibido para quienes los vivieron. Muʿāwīya acudió a rezar a los lugares más sagrados del cristianismo: Getsemaní y el sepulcro de María (*Chron. Maron.*: 31). Una escena que nada tiene que ver con la “desolación del lugar sagrado” que protagonizó ‘Umar entrando en Jerusalén vestido con una piel de camello tras la conquista de esta ciudad en 638 (Martínez 2017: 293-294).

El terremoto de 661 vendría a señalar el inicio de un nuevo período en la Historia, con un nuevo reinado. Una de las ciudades que se menciona entre las afectadas es Jericó, la misma cuyas murallas derribaron las trompetas del ejército de Josué y sobre la cual pesaba el anatema (Jos. 6-7), y que en esta ocasión perdió todas sus iglesias. Pero, sobre todo, debió afectar el derrumbe de la “Casa del Señor Juan en el lugar del bautismo de Nuestro Salvador en el Jordán” y de los conventos de monjes y eremitas, que tenían un peso considerable en la región de Siria-Palestina (*Chron. Maron.*: 31). Todos estos eran indicios de la cólera de Dios desatada por lo sucedido en Jerusalén, evidenciando la amenaza que se cernía sobre la Iglesia, quizás no por estar englobadas en un califato en

el que el islam aún no había cristalizado, sino por haber salido de la Romania, la estructura política que debía ampararla para cumplir con los designios de la Providencia.

El 3 de abril de 679, Domingo de Resurrección, se produjo un terremoto que afectó a la región de la Mesopotamia romana, donde se vieron seriamente dañadas localidades como Sarug, que quedó en ruinas, y la propia ciudad de Edesa, en la que se menciona el hundimiento del ciborio y otras partes de la Gran Iglesia, dejando un buen número de muertos (*Chron.* 819: 77; *Chron. Zuq.*: 146; *Theoph.*: 6170, 356; *Dionisio*: 195; *Agap.*: 233, *Mich. Syr.*: ii, 11.13, 457). Pero las iglesias habrían de ser reconstruidas por orden del califa Mu'awiya si bien las motivaciones —cuando las mencionan los cronistas— varían. Unos apuntan a que lo hizo presionado por el celo de los cristianos, lo que indicaría la fuerza de este colectivo dentro del califato. Otros aluden a la deuda que Mu'awiya adquirió con Edesa durante la guerra contra 'Alī: mientras descansaba en esta ciudad tuvo un sueño en el que se le anunciaba la victoria.

6. Conclusiones

La crisis del siglo VII en la Romania revistió múltiples facetas y no sólo política, como consecuencia de la cadena de golpes de Estado, inestabilidad interna y ataques externos. He puesto de manifiesto cómo tampoco las condiciones climáticas fueron las óptimas. Las heladas, pérdidas de cosechas, hambrunas y epidemias, no fueron un invento de los cronistas para dar mayor patetismo a sus relatos, sino más bien el resultado de una “pequeña edad de hielo” que se dejó notar con mayor fuerza durante esta centuria. Llamen la atención los distintos momentos en que el mar se congeló, dando la medida del desplome de las temperaturas, sobre todo si tenemos en cuenta la fase posterior, en la que el clima fue mucho más benigno. Por regulares que pudieran ser estos desastres naturales, los cronistas recogieron los que afectaron más duramente a la población. Transmiten la imagen de un Imperio empobrecido y en descenso demográfico. Pero, aun así, sigue siendo codiciado por los pueblos (semi) nómadas de los alrededores: ávaros, eslavos y árabes.

A pesar del escenario crítico que describen los cronistas, hay ciertos indicadores que permiten hablar del mantenimiento de las estructuras urbanas. Como he reiterado, las menciones de epidemias indican una aglomeración de población en un espacio reducido, de ahí que se pueda sostener que aún las ciudades seguían estando en pie y conservaban su carácter de polos de atracción para las poblaciones rurales del entorno. Asimismo, las noticias de hambrunas y las pérdidas en olivares y viñedos son relevantes en tanto que afectan al mundo

urbano, que necesita del campo para sobrevivir, en el marco de una economía compleja a pesar de las crisis. Similar conclusión a la que llegamos observando el caso de Edesa, arrasada por la riada que provocó la crecida del Éufrates. Con el río relativamente lejos del núcleo urbano, lo lógico es pensar que la inundación se produjo a través del sistema de canales que, por otra parte, debería seguir en pie y en uso a pesar de las guerras contra Persia o la conquista árabe.

Terremotos y eclipses cumplen una función simbólica en las crónicas, sirviendo como prueba de la intervención de Dios en la vida de los hombres y los imperios. Constituían un aviso para el arrepentimiento de los pecados, en medio de una sucesión de hechos enviados para castigar los pecados de la humanidad. Cada acontecimiento de relevancia política se producía entre fenómenos extraordinarios. Por este medio, se legitimaban las decisiones tomadas, para bien o para mal, insertándolas en una cadena que debía llevar al Juicio Final y la Parusía, lo cual no se entiende si no tenemos en cuenta el caldo de cultivo ideológico del siglo VII, profundamente imbuido por el milenarismo.

Todos estos fenómenos se leyeron en clave apocalíptica. En la mayoría de los casos, la inserción en la secuencia de los acontecimientos obedece a un carácter teleológico; a la necesidad de los cronistas que recrean el pasado de darles una explicación. Todo debía ser anunciado por Dios, sobre todo cuando se trata de cambios profundos. Fue el paso sangriento del gobierno de Focas al de Heraclio, pero, sobre todo, a la hora de anunciar la que sería la más profunda de las transformaciones: la expansión del islam. No obstante, sería el establecimiento del califato Omeya, cuya capitalidad se fijó en Damasco, en el centro de la Siria romana, el que acapare la mayoría de las señales, especialmente porque en Jerusalén, ciudad santa para los tres monoteísmos, cobró carta de naturaleza.

Abreviaturas y fuentes

Agap.=Vasiliev, Alexandre ed. y trad. (1971). *Kitab al-'Unvan. Histoire universelle écrite par Agapius (Mahboub) de Menbidj. Second Partie.* Turnhout: Editions Brepols.

Chron. 640=“Extract from a Chronicle composed about AD 640”, in A. Palmer trad. (1993). *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles.* Liverpool: Liverpool University Press, 5-24.

Chron. 819=“Extracts from the Chroniclers of AD 819 y AD 846”, in A. Palmer trad. (1993). *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles.* Liverpool: Liverpool University Press, 75-84.

Chron. Maron.=“Extract from the Maronite Chronicle” in A. Palmer trad. (1993). *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles.* Liverpool: Liverpool University Press, 29-35.

- Chron. Pasch.*=Whitby, Michael y Whitby, Mary trads. (2007). *Chronicon Paschale*, 284-628 AD. Liverpool: Liverpool University Press.
- Chron. Zuq.*=Harrak, Amir trad. (1999). *The Chronicle of Zuqnīn. Parts III and IV A.D. 488-775*. Toronto: Pontifical Institute of Mediaeval Studies.
- Dionisio="The Secular History of Dionysus of Tel-Maḥrē" in A. Palmer trad. (1993). *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool: Liverpool University Press, 85-221.
- Elías=Delaporte, Louis J. trad. (1910). *La Chronographie d'Élie Bar-Shinaya, métropolitain de Nisibe*. Paris: Librairie Honoré Champion.
- Iacob. Edess.=“Fragment of the Charts of James of Edessa, AD 691/2”, in A. Palmer trad. (1993). *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool: Liverpool University Press, 36-42.
- Iohan. Penk.=Brock, Sebastian P. (1992), “North Mesopotamia in the Late Seventh Century. Book XV of John Bar Penkāyē’s Rīš Mellē” in *Ibid. Studies in Syriac Christianity. History, Literature and Theology*. Hampshire-Vermont: Ashgate, pp. 51-75.
- Iord.=Mommsen, Theodor ed. (1882). *Iordanis Romana et Getica*. Berlín: Weidmannos.
- Mich. Syr.=Chabot, Jean-Baptiste trad. (1901). *Chronique du Michel le Syrien Patriarche Jacobite d'Antioche*. Bruselas: Ernest Leroux.
- Nikeph.=Motos, Encarnación trad., introd. y notas (en presa). Patriarca Nicéforo. *Historia Breve*. Granada: C.E.B.N.Ch.
- Sebeos=Macler, Frédéric trad. (1904). *Histoire d'Heraclius par l'èvêque Sebéos, traduit de l'arménien et annotée*. Paris: Imprimerie Nationale.
- Teoph.=Mango, Cyril y Scott, Roger trads. (1997). *The Chronicle of Theophanes Confessor. Byzantine and Near Eastern History AD 284-813*. Nueva York: Clarendon Press.

Bibliografía

- AGUADO, Francisco (2007). *Guía de Constantinopla*. Granada: C.E.B.N.Ch.
- BÜNTGEN, Ulf et al. (2016a). “Cooling and societal change during the Late Antique Little Ice Age from 536 to around 660 AD”, *Nature Geoscience*, 9, 231-237.
- BÜNTGEN, Ulf et al. (2016b). “Cooling and societal change during the Late Antique Little Ice Age from 536 to around 660 AD. Supplementary information”, *Nature Geoscience*, 9, 1-36.
- CANEPA, Matthew P. (2009). *The Two Eyes of the Earth. Art and Ritual of Kingship between Rome and Sassanian Iran*. Los Ángeles-Londres: University of California Press.
- COSENTINO, Salvatore (2004). “Byzantine Sardinia between West and East. Features of a Regional Culture”, *Millennium*, 1, 327-365.
- DAGRON, Gilbert (2002). “The Urban Economy, Seventh-Twelfth Centuries” in

- LAIYOU, A. E. (ed.), *The Economic History of Byzantium. From the Seventh Century through the Fifteenth Century* (3 vols.). Washington: Dumbarton Oaks, vol. 2, 393-461.
- FOWDEN, Garth (2014). *Before and after Muhammad. The First Millennium Refocused*. Princeton-Londres: Princeton University Press.
- KAEGI, Walter E. (2010). *Muslim Expansion and the Collapse of Byzantine Empire in North Africa*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KAPLAN, Michel (1992). *Les hommes et la terre à Byzance du VI^e au XI^e siècle*. Paris: Éditions de la Sorbonne.
- KRAFT, András (2012). “The last Roman emperor *topos* in the Byzantine Apocalyptic tradition”, *Byzantion*, 82, 213-257.
- MANNING, Sturt W. (2013). “The Roman World and Climate: Context, Relevance of Climate Change, and some issues”, in HARRIS, W. V. (ed.), *The Ancient Mediterranean Environment between Science and History*. Leiden-Boston: E. J. Brill.
- MARTÍNEZ, Carlos (2014). “Un pasaje controvertido en los Annales de Eutiquio de Alejandría. El ataque judío a la ciudad de Tiro”, *Collectanea Christiana Orientalia*, 11, 53-73.
- MARTÍNEZ, Carlos (2017). *La disidencia religiosa en el seno del cristianismo oriental y sus implicaciones en la primera expansión del islam (634-661)*. Granada: Tesis doctoral.
- MOTOS, Encarnación (2015). “Crisis institucional y política de destierros. El año 641 en Bizancio”, in M. VALLEJO GIRVÉS-J. A. BUENO DELGADO-C. SÁNCHEZ-MORENO ELLAR (eds.). *Movilidad forzada entre la Antigüedad Clásica y Tardía*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones UAH, 197-230.
- PAPACONSTANTINO, Arietta (2010). “Administering the Early Islamic Empire: Insights from the Papyri”, in J. HALDON (ed.). *Money, Power and Politics in Early Islamic Syria. A review of current debates*. Burlington: Ashgate, 57-74.
- RAHIMI, Narges (2014). *Análisis histórico-antropológico del proceso de islamización de la sociedad persa en la Edad Media*. Tesis doctoral – Universidad de Granada.
- REININK, Gerrit Jan (1999). «Alexandre et le dernier empereur du monde: le développement du concept de la royauté chrétienne dans les sources syriaques du septième siècle», in L. HARF-LANCNER-C. KAPLER-F. SUARD (eds.), *Alexandre le Grand dans les littératures occidentales et proche-orientales*. Actes du colloque de Paris, 27-29 novembre 1999. Paris: Université Paris X-Nanterre, 149-159.
- SOTO, José (2006). “Constantinopla ciudad sitiada AD 626”, in E. MOTOS-M. MORFAKIDIS (eds.). *Constantinopla. 550 años desde su caída. 1: Constantinopla bizantina*. Granada: C.E.B.N.Ch., 110-133.
- SOTO, José (2012). *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a las conquistas árabes, 565-642*. Granada: C.E.B.N.Ch.
- STATHAKOPOULOS, Dionysios (2004). *Famine and Pestilence in the Late Roman and Early Byzantine Empire*. Aldershot: Ashgate.
- TODOROV, Tzvetan (2010). *La conquista de América. El problema del otro*. Madrid: Siglo XXI.